

KAPLAN, A. (2007) "Las migraciones Senegambianas en España: una mirada desde la perspectiva de género" en FERRÁN INIESTA (Coord.) *África en diáspora: movimientos de población y políticas estatales*. pp. 153-168

LAS MIGRACIONES SENEGAMBIANAS EN ESPAÑA: Una mirada desde la perspectiva de género.

Adriana Kaplan Marcusán

Investigadora Ramón y Cajal, Dpt. Antropología Social y Cultural

Universitat Autònoma de Barcelona

La historia de los flujos migratorios africanos procedentes de Senegal y Gambia hacia España, y principalmente a Cataluña, es reciente en cuanto a tiempo y "singular" en cuanto a la carencia de lazos históricos, comerciales o culturales (lingüísticos, religiosos, etc.). Podríamos decir que ha habido tres etapas migratorias, que han comenzado a partir de finales de los años '70, se han visto incrementadas con nuevos contingentes en los '80 y consolidado a través de la reagrupación familiar en los '90.

De todas formas, debemos tener en cuenta que los movimientos de población en esta zona del África subsahariana forman parte de la propia historia de sus pueblos, tanto de sus conquistas como de las rutas trans-sahelianas de comercio, o del éxodo rural-urbano. Actualmente, la migración transcontinental se ha convertido en una institución en sí misma (Guilmoto, 1998), donde los determinantes individuales y los factores estructurales vienen marcados por características de orden económico y familiar. Valdría la pena recordar que la migración no sólo se integra en la vida de los migrantes africanos, sino también en los grupos domésticos de origen, en sus

expectativas y en sus consumos. Los movimientos poblacionales conforman una realidad genuinamente dinámica y abarcan un campo migratorio (Parramón, 1996) extenso, continuo y complejo, que trasciende fronteras formales, sean éstas políticas, geográficas, lingüísticas, coloniales, religiosas o residenciales.

En términos generales, en la región de Senegambia¹ la emigración es percibida como una estrategia familiar, asumida por uno o varios de sus miembros, que se manifiesta en dos grandes patrones migratorios, bien definidos y diferenciados entre sí: los de supervivencia y los de movilidad (Findley y Ouedraogo, 1993).

a) Estrategias de supervivencia: son también conocidos como movimientos sur-sur. Es un tipo de migración regional, de carácter mixto, en el que hombres y mujeres se desplazan del campo a las ciudades o a países vecinos limítrofes, para realizar trabajos como temporeros, en la construcción o en el servicio doméstico. La situación de precariedad de los grupos familiares de procedencia hace que este tipo de desplazamiento rural-urbano permita cubrir o completar las necesidades básicas de la dieta axial de la familia (arroz, aceite de cacahuete, azúcar, etc.), y en el mejor de los casos, algunas urgencias de carácter sanitario (desplazamientos hasta los centros de salud más próximos, medicamentos, etc.).

b) Estrategias de movilidad: serían los llamados flujos sur-norte. Es una migración de carácter fundamentalmente masculino, que tiene un desplazamiento transcontinental hacia Europa, Estados Unidos o hacia otros países africanos más distantes como Nigeria o Libia. La familia realiza una inversión económica importante (venta de ganado o bienes) para ayudar a sufragar los gastos iniciales de uno de sus miembros jóvenes, cuyas perspectivas son la diversificación de las bases económicas y la promoción del estatus socioeconómico del grupo. Estas expectativas comienzan a concretarse en muchos casos con la mejora de las viviendas, la construcción de una unidad sólida de cemento, en la compra de herramientas para el trabajo agrícola, o en la educación de los niños y las niñas. Se espera también que sirva de apoyo para

¹ El término Senegambia se utiliza con criterios geo-históricos y etnolingüísticos, aunque políticamente

facilitar el proyecto migratorio de un hermano de la familia o algún pariente cercano. Este tipo de migración también es concebido, a más largo plazo, como un impulso para el desarrollo de la comunidad en términos de infraestructuras y servicios (construcción de mezquitas, centros de salud, ambulancias, escuelas, etc.). Estas acciones de cooperación tienen lugar cuando varios miembros de un mismo pueblo emigran a un destino común, y se organizan para elaborar un proyecto conjunto, elevando propuestas a ONGs, o solicitando parte del 0,7% de los presupuestos a los municipios donde la presencia de población africana es importante (Maresme, Girona, etc.).

Es imprescindible destacar dos cuestiones en este tipo de migración económica que persigue una estrategia de movilidad. Primero, que la familia no realiza una inversión de esta envergadura en cualquiera de sus miembros varones, sino que "selecciona" a aquellos que ofrecen posibilidades en la ejecución del proyecto con mayores garantías de éxito. Segundo, que sus miembros proceden de "focos" emisores que corresponden a la élite política, religiosa, sanitaria o económica de los poblados. Es decir, son hijos de alguna autoridad (alcalde, jefe del poblado, etc.), descendientes históricos de la antigua nobleza, del *Imam* (líder religioso), del *marabout* (especialista religioso y sanitario), miembros de una familia ganadera, o comerciantes.

De este modo vemos claramente que la migración es un factor de selección en sí mismo, desde el propio origen. Quienes huyen de la pobreza persiguen una estrategia de supervivencia. Los mayores disfrutan de una posición privilegiada dentro de sus sociedades gerontocráticas; quienes llegan a viejos son considerados "monumentos" y forman parte del consejo de ancianos. Las personas enfermas no están en condiciones físicas que permitan un desplazamiento largo, complejo, solitario e incierto. Por lo tanto, quienes marchan son aquellos miembros jóvenes, fuertes, sanos, valientes, con mayores habilidades, mejor preparados y más desenvueltos. Es decir, que aquellos que sostienen el argumento de que quienes emigran a Europa lo hacen empujados por la pobreza y el hambre, se equivocan de contingentes. Es

verdad que este tipo de movimiento migratorio se construye sobre un sustrato económico, producto de las desigualdades internacionales y de factores de atracción/expulsión *push-pull*. Pero también es cierto que existe una decisión propia del sujeto de búsqueda de nuevas y mejores oportunidades, de un futuro más prometedor. Razones personales donde subyacen curiosidad, creatividad, aventura, o ambición (Kaplan, 1993).

En este sentido, diversos estudios de autores como Domingo et al. (1995) o Reolons (1996), plantean la compleja trama económico-político-cultural que recorre la temática migratoria y hacen una crítica a los conceptos y teorías de la migración prevalentes hasta ahora, como "orientadas a un determinismo excesivamente exclusivista de factores económicos, sin dejar de lado la importancia crucial de éstos". La puesta en juego de otras variables (personales, de género, redes de apoyo, etc.), permite una reformulación más amplia, adecuada y acertada para la construcción del conocimiento de los movimientos migratorios, de sus flujos y reflujos.

A diferencia de otro grupo importante de migrantes del África subsahariana, el de Guinea Ecuatorial, ex colonia española, con una tradición migratoria más antigua y fuertemente identificado con patrones culturales españoles (lengua, religión y educación principalmente), con una composición sociodemográfica diversa, y una inserción socio-laboral diversificada, los migrantes senegambianos "aparecen" en escena precisamente cuando la necesidad en las tareas agrícolas del campo catalán, se hace acuciante. En este sentido, Anna Cabré (1991) afirma que "...se les admite a regañadientes, sólo si las necesidades de un mercado laboral segmentado señala la necesidad de trabajadores especiales que asuman los trabajos más duros, peligrosos o precarios, generalmente en condiciones de subremuneración relativa o absoluta".

Por ello, la población africana es básicamente considerada como una inmigración de carácter económico, que se inserta en contextos de crisis económica y recortes sociales generalizados. Suelen ocupar puestos de trabajo precarios en "nichos laborales" como la agricultura, la construcción, las manufacturas o los servicios, muchas veces en la economía sumergida. La migración se convierte así en una carrera

de obstáculos administrativos y en una dinámica de supervivencia. Por ello, los conceptos de integración social / exclusión social son claves dentro del marco teórico para el estudio de las migraciones, ya que los procesos y las consecuencias que estos acarrearán, tienen que ver claramente con una dicotomía de posiciones que define condiciones desiguales, en contextos de por sí, también desiguales. Estos darán como resultado el grado de acceso y disfrute a unos recursos (laborales, jurídicos, sanitarios, educativos, de vivienda, etc.), que no siempre son estables ni equitativos en todos los ámbitos, a veces ni siquiera en unos pocos.

En el caso de las mujeres africanas, además de ser por lo general sujetos “invisibles” a las que sólo se las relaciona con ciertos espacios sociales y a las que se confina a unas fronteras de género en la discusión teórica y política sobre las migraciones (Juliano, 1996), no así su potencial reproductivo visto bajo una perspectiva de “cargas sociales”, participan por partida doble en la construcción de las desigualdades. Desde una dependencia económica y legal con respecto al esposo, desde su analfabetismo y de sus limitaciones lingüísticas y de contacto con la sociedad receptora, y por lo tanto desde una situación de partida de exclusión, se niega o dificulta a esta población femenina el pleno desarrollo de sus capacidades, de su autonomía, de su independencia, y en definitiva, de sus derechos más esenciales, legitimando unas relaciones de poder y dominación tanto por etnicidad como por clase y por género. Las formas de integración /exclusión social en la sociedad receptora, y los sistemas de género ya existentes en las sociedades africanas de origen, se combinan a través de los procesos migratorios, dando lugar a una construcción social de esta diferencia, en términos de subordinación (Gregorio, 1998).

- Características generales de la población y contextos de inserción:

La población senegambiana que llega a España es mayoritariamente de procedencia rural. Tengamos en cuenta que en Gambia por ejemplo, los datos censales de 1993 señalan que el 80,6% de los hombres y el 87,2% de sus mujeres viven en zonas rurales, mientras que otra fuente, la del Household Economic Survey (1992/3), nos habla de porcentajes que ascienden al 83,5% en el caso de los hombres, y del 92,2% en el de las mujeres. Sin embargo, es importante destacar que las zonas urbanas están

experimentando un fuerte crecimiento demográfico procedente no sólo de migrantes rurales interiores, sino un incremento inmigratorio de países como Sierra Leona, Liberia, Mali o Guinea Bissau, bien sea por motivos políticos o económicos.

La composición étnica en Senegambia es diversa, aunque como región etnolingüística, comparten orígenes históricos y culturales comunes. Como grupos más importantes, podríamos destacar los pueblos *mandinga*, mayoritarios en Gambia, que remontan sus orígenes al imperio medieval del Mali; los *sarholes*, distribuidos en las zonas más orientales de Senegal y Gambia, pertenecían al antiguo imperio de Ghana; los *fula*, originariamente pueblos pastores nómadas procedentes del oeste de Sudán, se han ido asentando a lo largo del África Occidental en busca de pastos para su ganado, y los *wolof*, mayoritarios en Senegal, son descendientes del gran imperio Wolof. Conviven además, pueblos pescadores *serer* y *djola*, *aku*, *bambara* y *manjako*. La religión predominante en casi un 90% de la población es la musulmana, existiendo importantes cofradías en Senegal.

En el contexto general de las relaciones de parentesco, debemos señalar que el sistema se basa en una ideología patrilineal y una residencia virilocal (se establece en la unidad familiar de marido), conformando familias extensas con un régimen matrimonial poligínico (pueden contraer matrimonio hasta con cuatro esposas).

En cuanto a los aspectos relativos a la escolarización de la población, no sólo desde su importancia como indicador socio-demográfico sino como bagaje que facilita la integración en destino, es necesario distinguir tres niveles bien diferenciados de educación: la escuela coránica, la escuela “moderna” y la escuela de adultos. La especificidad de cada una de ellas viene dada por el ámbito en que se desarrollan (origen y destino), los objetivos que se proponen, la tipología de los enseñantes, la metodología utilizada, el uso de la lengua y los conocimientos que cada una permite alcanzar, en los distintos campos de aplicación de esos conocimientos.

Tanto en Gambia como en Senegal, la escolarización formal comienza a los siete años, es pública y no obligatoria. En las áreas rurales se está extendiendo en sustitución de

las *madrassas*, las escuelas coránicas tradicionales, que hasta ahora se habían mantenido como bastión para el aprendizaje del Corán, la lecto-escritura árabe y la preservación de las normas islámicas. El maestro suele ser el propio *Imam* de la aldea o un hombre mayor, profundo conocedor del Corán, llamado *karamo*. Las niñas deben abandonar su asistencia en cuanto aparece la primera menstruación (considerada como elemento contaminante), mientras que en las escuelas primarias, se brinda un tipo de enseñanza igualitaria que permite el acceso a las niñas sin límite de edad. En este sentido, Mary Douglas (1991) afirma que “no es difícil ver como las creencias de contaminación pueden usarse en un diálogo de reivindicaciones y contra-reivindicaciones de una categoría social. A medida que examinamos las creencias de contaminación, descubrimos que la clase de contactos que se consideran peligrosos acarrearán igualmente una carga simbólica. Algunas contaminaciones se emplean como analogías para expresar una visión general del orden social, y las ideas acerca de los peligros sexuales se comprenden mejor si se interpretan como símbolos de la relación entre las partes de la sociedad, como configuraciones que reflejan una jerarquía o asimetría que se aplican en un sistema social más amplio”.

En las escuelas modernas, a pesar de la gratuidad de la enseñanza, los niños deben comprar el uniforme, los libros, el banco y la mesa. En un estudio llevado a cabo por UNICEF en 1991, se ponía de relieve que el 44% de las mesas y el 40% de las sillas del total de las escuelas encuestadas, correspondían a las aportaciones de los propios alumnos. Esto provoca un importante absentismo y abandono escolar, principalmente sobre una población discriminada por razón de género, las niñas. En Gambia², el 59% de los niños y el 49% de las niñas acuden a la escuela primaria, mientras que en el segmento adulto, casi el 25% de la población ha tenido acceso, en diversos grados y continuidad, a la escolarización formal. En Senegal, las cifras son incluso más bajas, siendo la alfabetización de los adultos del 19%, de los cuales un 29% corresponde a población femenina, y la escolarización de los niños y las niñas asciende al 59%. Las escuelas secundarias son escasas y su localización se encuentra en zonas urbanas. El

² Según datos publicados en el “State of the gambian children and women”, Ministerio de Educación, noviembre 1995.

acceso a este tipo de enseñanza está fuertemente condicionado por factores socio-económicos y directamente relacionados con las elites económicas y políticas de estos países.

En las áreas rurales, el porcentaje de mujeres que acceden a una educación formal es reducido, ya que se da prioridad a los niños varones, ante la imposibilidad de poder soportar la economía familiar, una economía de subsistencia, de base agrícola y ganadera, los gastos que este tipo de educación comporta. Como ya hemos señalado anteriormente, buena parte de las remesas que envían los migrantes que están en el extranjero, se destinan a la escolarización tanto de los niños como de las niñas de la unidad doméstica a la que pertenecen. Sin embargo, no debemos olvidar que se mantiene un fuerte sentimiento de desconfianza hacia el tipo de educación y valores que son transmitidos en estas escuelas. Las técnicas memorísticas y repetitivas forman parte del sistema educativo, así como el castigo por desobediencia y transgresión a las normas. Otro dato importante a destacar, facilitado por el Survey School Facilities, financiado por UNICEF y realizado por el Ministerio de Educación de Gambia en 1988, pone en evidencia que el 54% de los maestros de escuelas primarias no tienen la preparación adecuada para ejercer la enseñanza. Más de un 85% de los profesores de escuelas secundarias tienen una correcta titulación, aunque el informe destaca que en su mayoría son de nacionalidad extranjera, principalmente nigerianos y refugiados de Sierra Leona y Liberia.

Vemos entonces que la población migrante senegambiana que llega a España tiene un nivel de escolarización formal bajo, donde el analfabetismo en el caso de las mujeres asciende a un 83%, frente al 72% de los hombres, y una educación coránica global del 87% (Kaplan, 1998). La oferta institucional de las escuelas de adultos se configura de acuerdo a los enclaves de residencia de los migrantes, prevaleciendo la asistencia entre los hombres. Las mujeres acuden de forma minoritaria y en todo caso con una asistencia irregular y poco estimulante. Es más bien un sitio de encuentro con las otras mujeres de su comunidad, sin mayores expectativas en cuanto al aprendizaje, ni de la lengua ni de la lecto-escritura. Pero debemos resaltar el interés manifiesto y las demandas efectuadas por las propias migrantes africanas en este sentido, cuando los

contextos de inserción permiten la formulación de las mismas. Es bajo esta realidad y desde esta necesidad como surgen los primeros talleres socio-sanitarios interdisciplinarios (sanidad, servicios sociales, escuela de adultos y antropología) en Salt, Girona, que van a dar paso a un proceso más amplio de alfabetización.

De esta forma se comienzan a formular las primeras demandas de “escolarización” por parte de la población femenina sobre aspectos socio-sanitarios que establezcan por ejemplo, qué tipo de interacciones existen entre la lactancia materna, el período de amenorrea post-parto, el tabú de abstinencia sexual puerperal, las relaciones sexuales, la contracepción y la planificación familiar, en un entorno, el de acogida, donde la organización y distribución espacial de las relaciones conyugales son distintas, donde mayoritariamente la convivencia es monogámica, donde la reducción de la mortalidad infantil es afortunadamente drástica, donde el coste económico del mantenimiento de los hijos es elevado, donde la familia numerosa deja de tener un carácter funcional, y donde las pautas alimentarias en pediatría son estrictas y extrañas, respecto a las de origen. Si por otro lado en la relación médico-paciente tenemos en cuenta las dificultades en la comunicación verbal y no verbal, y añadimos el desconocimiento cultural y la orientación a veces sesgada de los diseños sanitarios para atender a esta población, sumadas a las distintas actitudes del personal sanitario, que facilitan, entorpecen o mediatizan etnocéntricamente las indicaciones y prescripciones médicas, podremos fácilmente comprender el interés de estas mujeres senegambianas en que los contenidos que se imparten en la escuela de adultos, focalicen en aquellos aspectos perentorios y relevantes de, y para, su integración social. En este sentido, Paulo Freire (1989) afirmaba que “la educación supone que los contenidos, programas y métodos educativos estén adaptados al fin que se persigue, que tenga como objetivo la toma de conciencia de la realidad ya que ésta no puede ser modificada hasta tanto la persona descubra que es modificable y que ella misma puede hacerlo. La educación así entendida, es un proceso de toma de posesión de la realidad que permite alcanzar lo no experimentado, mediante un movimiento en espiral de codificación, descodificación y recodificación desde las personas implicadas”. No olvidemos que los seres humanos somos creadores de cultura, en la medida en que desde un contexto dado se reflexione sobre él y se aporten respuestas

a los desafíos que se nos plantea. Así, otro nivel de análisis en el estudio de las mujeres africanas en los procesos migratorios es el que considera su rol integrador en la sociedad receptora, a través de la manifestación de centros prioritarios de interés. Esta integración conlleva no sólo el aprendizaje de nuevos valores y pautas, sino que además, supone crear, desarrollar y entrar a formar parte de todo un conjunto de estrategias que las convierten en verdaderas protagonistas del cambio y dinamizadoras interculturales.

- El proceso migratorio:

La migración senegambiana ha sido asimétrica en términos de género, ya que el rol de emigrar, en la sociedad de origen, ha correspondido tradicionalmente al hombre. Las mujeres permanecen en la unidad doméstica, realizando tareas fundamentales y generando los medios de subsistencia para la supervivencia del grupo, como primeras productoras de alimento, reproductoras biológicas y culturales, cuidadoras y administradoras de la economía doméstica. Una vez los hombres alcanzan una cierta estabilidad laboral, legal y residencial, comienzan la compleja tramitación de la reagrupación familiar. De esta forma, las mujeres inician su proceso migratorio de forma inducida, con la voluntad de reunirse con sus maridos y empezar, o continuar, la construcción familiar. La maternidad se convierte en su proyecto inicial de vida. Los hijos nacidos en África en ocasiones viajan con sus madres, aunque generalmente lo hacen de forma escalonada por cuestiones presupuestarias, mientras que algunos de ellos permanecen en la unidad doméstica de origen, al cuidado de sus miembros, o bien son dados en adopción a otras mujeres del grupo como forma de paliar la esterilidad de alguna de ellas, o como gratificación/compensación por la partida de sus padres (Reveyrand-Coulon, 1999), que necesariamente conlleva una reordenación de las tareas y responsabilidades en la esfera familiar.

En el caso de la población senegalesa, cuya llegada a España es más reciente que la de los gambianos, y utilizando otras redes e itinerarios, deberíamos destacar que una parte importante de este contingente realiza una migración de carácter temporal, flotante y multiresidencial. Su finalidad es trabajar en la venta ambulante durante la temporada alta de turismo, unos seis meses, y luego regresar a Senegal, otros seis.

Por tanto, en estos proyectos migratorios no se contempla, a priori, una futura reagrupación familiar en destino.

Sluzki (1979) señala que el proceso migratorio consta de cinco etapas, cada una de ellas con características y procesos intrínsecos propios. La primera corresponde a la toma de decisión del migrante, donde es importante destacar motivaciones diferenciadas entre hombres y mujeres, algunas de las cuales han sido ya apuntadas. En el caso de los hombres es una decisión de carácter “voluntario” (término discutido teórica e ideológicamente), mientras que para las mujeres es inducido por la voluntad de un reencuentro familiar con el marido. Una segunda etapa, llamada “limbo migratorio”, haría referencia a la trayectoria geográfica, a los itinerarios recorridos, a los tiempos invertidos, a las situaciones y contextos vividos durante el desplazamiento, desde el origen hasta el destino. Para los hombres es más largo en cuanto a tiempo y más complejo en cuanto a las otras variables que intervienen y configuran esta fase. Las mujeres realizan un salto directo que en ocasiones supone un verdadero trasplante desde la aldea a la ciudad de destino.

La tercera etapa corresponde al llamado período de sobrecompensación, cuando los migrantes aún no son verdaderamente conscientes de los problemas a los que se deberán enfrentar y donde son muchas las experiencias disonantes que viven. En los hombres está presente la satisfacción de haber llegado al “paraíso” de donde viene el hombre blanco, el *tubaab*, de descubrimiento de una nueva realidad durante tanto tiempo soñada, anhelada y mitificada. Realidad que desde luego, es bastante más compleja, complicada, injusta, mezquina e insolidaria, y donde descubren que no se corresponde ni con sus expectativas, ni con las hazañas que les han ido relatando otros migrantes, ni con el regreso “triumfal” y la ostentación económica que realizan en sus visitas a África. Y es entonces cuando se enfrentan a la omisión/ocultación/tergiversación de una serie de informaciones cruciales que giran en torno a cuestiones de identidad étnica (son una minoría visible, identificable y marginable), de identidad jurídica (regulares o irregulares, son o no son, están o no están), o identidad laboral (etnificación de la fuerza de trabajo, explotación) entre otras.

Por otro lado, la mayoría de migrantes senegambianos construyen su proyecto familiar en destino, si bien el establecimiento de las uniones se realiza entre las familias en origen, sin que sea necesaria la intervención o presencia de los propios cónyuges en las negociaciones y concreción del matrimonio en la mezquita. Esto significa que las mujeres “conocen” a sus maridos en destino y están sometidas a una dispersión espacial importante respecto a otras mujeres de su comunidad que podrían servir de apoyo en esta situación conyugal y migratoria inicial. Su objetivo fundamental es la construcción de la familia y el poder demostrar su fertilidad. En África, el nacimiento del primer hijo permite la entrada al mundo de la maternidad a las mujeres adultas casadas, a través de un rito de paso, en el cual intervienen y al cual legitiman, en primera instancia, las mujeres ancianas de la comunidad. Y esta es la gran diferencia entre los dos flujos migratorios llegados a España en los años '80 y '90. Las primeras mujeres han sido en su mayoría iniciadas en los conocimientos de la maternidad en África, mientras que las segundas son más jóvenes y primíparas en destino, careciendo no sólo de una experiencia previa, sino de las redes tradicionales de enculturación y aprendizaje femeninas, que son las mujeres viejas y que están ausentes. Por tanto, la centralidad del universo de la maternidad es lo que va a configurar sus primeros años de llegada y el aprendizaje añadido al propio proceso migratorio.

Además, se producen una serie de cambios que necesariamente requieren, a lo largo del proceso migratorio, de una transformación del orden temporal, espacial, social y cultural. Los desplazamientos cambian en sus formas (transporte), en sus fines, en sus recorridos, en sus distancias y en las compañías con las que se realizan. En las estructuras mentales se vive una dimensión social del tiempo en la medida en que las actividades, por ejemplo en el caso de las mujeres, se reducen a espacios vitales restringidos, pequeños, oscuros, solitarios y vacíos. Hay una redistribución de roles e incluso una inversión en las actividades laborales. Quienes marchan al campo a trabajar son los hombres, mientras ellas dejan de vincularse a la tierra, a las tareas comunitarias y a un espacio abierto. Los tiempos se alargan cuando las actividades

tradicionales que conforman una identidad genérica, desaparecen. Para ellos, los ritmos son demasiado acelerados, estrictos y rutinarios.

Una cuarta etapa en este proceso migratorio nos habla de un período de descompensación o de crisis, cuando la familia intenta formar una nueva realidad como unidad. En este sentido, el papel que desempeñan los migrantes africanos se debate en tres sentidos: a) entre la resistencia de los valores religiosos y culturales de la sociedad de origen, manteniendo dentro de los hogares las tradiciones, como guardianes de las costumbres y vínculos estables con la comunidad de origen; b) entre la transgresión de valores en relación a su cultura de origen, donde entran en juego nuevas prácticas y nuevos roles frente a viejos dilemas, y c) entre la producción de nuevas estrategias adaptativas que giran alrededor de cuestiones primordiales como la alimentación, la salud sexual y reproductiva, la relación materno-infantil, las relaciones de género, la alfabetización y la inserción en el mercado socio-laboral, entre otras.

Insisto en que la atención a las mujeres como transmisoras de cultura en el seno de la familia, bien como perpetuadoras de valores tradicionales, bien como principales influenciadoras y agentes de cambio, nos permite ver también una mayor disponibilidad de éstas a las transformaciones identitarias en su percepción del proceso migratorio. La propia tradición de haber ejercido roles preponderantes en la sociedad africana, y ser el principal motor de cambio y dinamización de estructuras ancestrales como incansables creadoras de estrategias (Sipi, 1997), permite incorporar a estas mujeres como nuevas y activas "actrices" dentro de su propio colectivo como de la sociedad en general. Como ya hemos dicho, si bien es verdad que se encuentran en el lugar menos poderoso y más desfavorecido de las relaciones, no asumen el papel de víctimas ante tales situaciones, sino que por el contrario, desarrollan formas de interacción que permiten mejorarlas o transformarlas. Por otra parte, contribuyen a fomentar nuevas pautas de solidaridad y son agentes de cooperación, más allá de las fronteras de su propio grupo.

Valdría la pena también destacar el nivel asociativo senegambiano en general, tanto de los hombres como de las mujeres, con la presencia de plataformas organizativas formales e informales que facilitan las relaciones intra e interétnicas, que permiten agilizar demandas (oratorios, cementerios musulmanes, etc.), tramitar cuestiones burocráticas (repatriación de cadáveres por ejemplo) o acompañar los procesos individuales y del propio colectivo africano. En cualquier caso, esta ayuda invisible a los ojos de los extraños (Díaz, 1999), nos habla de un soporte encaminado al mantenimiento y a la lucha por el respeto y la dignidad de estas personas y de sus bagajes culturales en situaciones de vulnerabilidad, marginalidad, desconocimiento o sufrimiento.

El final de esta etapa es un período que se vive con lamentación y con tristeza, y en el transcurso del cual se evidencia el desarraigo a través de los hijos y se elabora el duelo migratorio, entendido como el “proceso de reorganización de la personalidad que tiene lugar cuando se pierde algo que es significativo para el sujeto” (Atxotegui, 1997). Para Víctor Cabré (1993), estos procesos de duelo hacen referencia al “conjunto de emociones, de pensamientos y de cogniciones...que surgen por la separación o pérdida en relación con aspectos que le son propios al migrante y que forman parte integrante de su identidad.” Surge la percepción de habitar mundos diferentes y nacen los conflictos de lealtades.

Damos paso así a la quinta fase del proceso migratorio, conocida como transgeneracional. A los conflictos “naturales” de índole intergeneracional, se suman los de carácter intercultural. Lo que es generacional tradicional se ve trastocado por los cambios culturales y sociales, los valores y la caída de la fecundidad. Los hijos ya no constituyen un seguro para la vejez, ni siquiera para la reproducción de la tradición. A pesar de las ambigüedades y conflictos personales y culturales que pueden surgir, la función que cumplen los niños posibilita que las representaciones sociales y culturales sean más fácilmente aceptadas, cuestionadas o transgredidas. Incluso la necesidad de interactuar con la sociedad receptora (escuelas, esplais, barrio, servicios sociales y sanitarios, etc.) a través de las actividades y de los propios procesos y evolución de los niños, las relaciones conyugales y familiares adquieren

otros niveles de comunicación, en otras esferas, que empiezan a ser compartidas en términos de participación y co-responsabilidad, y conllevan cambios profundos en las relaciones de género de los padres. Estas forman parte de un proceso más amplio y a más largo plazo, de experimentación y aprendizaje en su integración social, así como del alejamiento del mito del retorno, afianzando ventajas y reduciendo desventajas. Este proceso adaptativo permite, tanto a los hombres como a las mujeres, flexibilizar el seguimiento de las normas tradicionales que van modificando, a través del tiempo y de sus hijos como puentes, práctica e ideológicamente, las actitudes sociales, culturales y personales hacia los distintos eventos de la vida en la sociedad de destino.

En definitiva, el aprendizaje de este proceso migratorio y de integración social, traspolable a la propuesta de Freire (1989) en la pedagogía de la liberación, es el de alcanzar la libertad de ser y de poder escoger. La base del proceso migratorio, en sus múltiples ámbitos, es activar opciones por las que optar, para que la población migrante senegambiana pueda ser productora de su propio proceso. "Pronunciar el mundo, leer la realidad, su propia realidad, es un derecho que se niega a muchos hombres y mujeres, ya sea porque son analfabetos o porque, aún conociendo el alfabeto, no pueden participar dada su situación de marginalidad" y añadiría, de extranjería. Como todo ser humano, los migrantes deben ser hacedores de su propia historia, asumiendo un papel creativo, pensante y responsable ante su nueva realidad, en la construcción y consolidación de su proyecto de vida, y en la edificación de una sociedad con estructuras que reflejen una convivencia y unas oportunidades verdaderamente pluriétnicas y multiculturales.

BIBLIOGRAFÍA

- Adepoju, A. y Hammar, T. (1996) *International migration in and from África: dimensions, challenges and prospects*. PHRDA/Dakar-CEIFO/Estocolmo.
- Atxotegui, J. (1997) "Los niños ante las vivencias de la migración" en *Infancia i diversitat a Catalunya*. ACIM n. 17, Barcelona.
- Cabré, A. (1991) *Sobre presión demográfica, presión inmigratoria y otros mitos*. Papers de Demografia n.57. CED-UAB, Bellaterra.

- Cabré, V. (1993) "Una perspectiva psicológica del fenómeno migratorio" en *Quaderns de Serveis Socials* n.5. Diputación de Barcelona.
- Díaz, B. (1999) *La ayuda invisible: salir adelante en la inmigración*. Likinianoren Altxorra 12, Bilbao.
- Domingo, A.; Clapés, J. y Prats, M. (1995) *Condicions de vida de la població d'origen africà i llatinoamericà a la Regió Metropolitana de Barcelona: una aproximació qualitativa*. Area Metropolitana de Barcelona/Diputación de Barcelona.
- Douglas, M. (1991) *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI, Madrid.
- Gregorio Gil, C. (1998) *La migración femenina y su impacto en las relaciones de género*. Narcea, Madrid.
- Findley, S. y Ouedraogo, D. (1993) "North or South? A study of the Senegal River Valley migration patterns". Ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre Movimientos Humanos, Montreal, Canada.
- Freire, P. (1989) *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI, Madrid.
- Guilmoto, C. (1998) "Institutions and migrations: Short-term vs long-term moves in rural West África" en *Population Studies* n. 52.
- Juliano, D. (1996) "Las mujeres inmigrantes, un plus de extranjería", en A. Kaplan *Procesos migratorios y Relaciones Interétnicas..* Actas de VII Congreso de Antropología, Zaragoza.
- Kaplan, A. (1993) "Movimientos culturales, movimientos migratorios" en *Quaderns de Serveis Socials* n.5. Diputación de Barcelona.
- Kaplan, A. (1998) *De Senegambia a Cataluña. Procesos de aculturación e integración social*. Fundació "la Caixa", Barcelona.
- Parramón, C. (1996) "Campo migratorio: un concepto útil para el análisis de las estrategias migratorias" en A. Kaplan *Procesos migratorios y Relaciones Interétnicas..* Actas de VII Congreso de Antropología, Zaragoza.
- Recolons, L. (1991) "Les migracions actuals en el context de la població mundial" en *Revista de Treball Social* n.124. Diputación de Barcelona.
- Reveyrand-Coulon, O. (1999) "Quelque bonnes raisons de donner son enfant. Pratiques culturelles et élaborations subjectives. Etude de cas recueillis au Sénégal" en *Psychiatrie de l'enfant*, XLII,1.

- Sluzki, C.E. (1979) "Migración y conflicto familiar" en *Family Process*. Vol. 18 n. 4, USA.